

Indios de Puerto Rico en Carlisle, Pensilvania; (mucho más que) un experimento en americanización (1899-1905).

Miguel Rodríguez López,
Arqueólogo-Historiador
UAGM- Recinto de Gurabo

XI Encuentro de Arqueología y Etnohistoria del ICP
Archivo General de Puerto Rico
30 de septiembre de 2022

En los pasados años las comunidades originarias de lo que es actualmente los Estados Unidos de América y el Canadá - que por cierto es una palabra de raíz indígena iroquesa que significa pueblo o aldea - han vuelto a manifestar las acusaciones de genocidio cultural, y también físico, ejercidos a través de la historia contra los pueblos indígenas de Norteamérica. Durante casi un siglo decenas de miles de niños y niñas de los más variados pueblos y naciones originarias de América fueron literalmente arrancados y separados de sus familias y de sus comunidades. Los encerraban en distantes centros y escuelas-reformatorios organizadas y auspiciadas por el propio gobierno, en particular las instituciones militares, y otros en el caso particular del Canadá, con la complicidad de la Iglesia Católica. (FIG. 1)

En los patios de estas funestas instituciones se han encontrado cientos de osamentas de niños y adolescentes, algunos con huellas de abuso, malnutrición y

violencia física, que fueron sepultados en fosas comunes sin notificarle siquiera a sus familiares de sus fallecimientos.

El Papa Francisco realizó el pasado mes de julio un viaje a Canadá calificado como un “viaje penitencial”, donde pidió perdón públicamente por los abusos y atrocidades cometidas con la complicidad de la Iglesia Católica en estas llamadas escuelas-reformatorios contra niños y niñas de las comunidades originarias canadienses. Lo hizo junto al primer ministro Justin Trudeau que anteriormente había hecho lo mismo, en el pueblo de Maskwacis donde en su cementerio fueron encontrados los cuerpos no identificados de al menos 4,000 niños indígenas que murieron por causas desconocidas.

El propósito de estas llamadas escuelas indígenas que también proliferaron en los Estados Unidos hasta mediados del pasado siglo 20, era el adoctrinamiento de los participantes para que olvidaran y renunciaran a sus creencias y a su cultura ancestral y se convirtieran en buenos y leales ciudadanos civilizados. Decía el general norteamericano Richard Pratt, uno de los organizadores de este bárbaro proyecto que para poder salvar su “humanidad” había que “matar” al indio que habitaba en el interior de estos niños. Solo así se lograría integrarlos a la sociedad americana como ciudadanos productivos. Según era definido por sus gestores las escuelas indígenas era el mecanismo ideal para americanizar, asimilar, dominar y civilizar los pueblos originarios de América. Como veremos adelante a partir de la Guerra Hispanoamericana de 1898 se hizo extensivo para los naturales recién conquistados de Cuba, Puerto Rico y las Filipinas.

No hay duda de que se trató de un concertado plan para destruir la identidad cultural y étnica de los pueblos indígenas que resistían y luchaban por su

sobrevivencia. Recordemos que todavía a finales del siglo XIX y principios del XX las naciones indígenas de los Estados Unidos seguían luchando, incluso con las armas, por el rescate de sus derechos y de sus tierras.

Los puertorriqueños no debemos olvidar que quien fuera enviado a conquistar a Puerto Rico en las postrimerías de la Guerra Hispanoamericana, el general Nelson Miles, fue por varias décadas el principal perseguidor de los guerreros indígenas y sus grandes jefes Chief Joseph, Victorio, Cochise, Nana y finalmente Gerónimo en las llamadas “guerras apaches”. En el año de 1890 Miles participo en la persecución y muerte del gran jefe Toro Sentado y en la histórica masacre de Wounded Knee el 29 de diciembre de 1890.

La reciente ola de denuncias públicas de estos atropellos ha logrado encauzar diversas investigaciones por parte de las autoridades tanto norteamericanas como canadienses. Incluso algunos de los restos óseos recuperados y no identificados en estos cementerios mayormente de infantes, han sido enterrados con todo el ceremonial y el ritual correspondiente en terrenos sagrados de las diversas naciones originarias de América. La nueva secretaria de lo Interior de los Estados Unidos, la exlegisladora Debra Anne Halland es nativa americana de la comunidad Laguna Pueblo de Nuevo México y se ha comprometido a investigar todas estas denuncias. (FIG 2)

Pero las investigaciones en los archivos históricos de algunas de estas instituciones, en particular la Escuela Industrial Indígena de Carlisle, en el estado de Pensilvania, han descubierto algo que muy pocos puertorriqueños conocíamos. Entre los casi 11 mil indios que del 1879 al 1918 pasaron por esta antigua base militar convertida en escuela reformatorio se ha identificado un grupo de

alegados “indios” provenientes de Puerto Rico. Estos jóvenes, alrededor de 60, con edades entre 12 a 18 años, fueron enviados a Carlisle desde la isla a partir del año de 1899, primero con la ayuda del designado comisionado de educación del nuevo gobierno colonial de la isla el general John Eaton, gran colaborador de la escuela Carlisle, y luego con la bendición del nuevo comisionado de Educación Martin Brumbaugh. No dudo que el proyecto contara con el apoyo y beneplácito del propio Miles mientras estuvo en la isla.

Hasta donde se conoce los participantes viajaron entre 1899 a 1905 desde Puerto Rico a Pensilvania, la mayoría con la autorización de sus padres o encargados. Algunos fueron patrocinados económicamente por militares norteamericanos que los tenían a su cargo como sirvientes o criados. El plan era que junto a los demás indios continentales los llamados “indios” puertorriqueños dejaran de hablar español, se educaran en inglés, abandonaran sus antiguas costumbres y aprendieran el modo de vida de la civilización blanca norteamericana. Para pagar su estadía y su proceso de asimilación se había establecido en los Estados Unidos un llamado “fondo civilizador”. Con este nombre es suficiente para saber de qué se trataba el proyecto. (FIG. 3)

Debo señalar que algunos jóvenes puertorriqueños también fueron enviados a instituciones como el Instituto Industrial de Tuskegee, Alabama, que de cierta manera tenía el mismo objetivo colonizador que Carlisle. La gran diferencia era que Tuskegee era para jóvenes negros y Carlisle para indios.

Algunos estudiosos del tema como Pablo Navarro Rivera de Lesley University en Cambridge Massachusetts, Sonia M. Rosa-Vélez, investigadora independiente residente en los Estados Unidos, y Juan Manuel Delgado, experto en la

sobrevivencia indígena en Puerto Rico, han examinado los archivos de Carlisle, incluyendo las tarjetas de admisión de muchos de estos jóvenes puertorriqueños. En algunos casos la tarjeta indica el nombre, la fecha de ingreso y su pueblo de origen. El tarjetero incluye también una foto de cada uno. En el encasillado donde hay que indicar la tribu o nación indígena a la que pertenece se indica “Porto Rico”. En un caso en particular, el del joven Julio Fernández de San Juan, quien llena la tarjeta específica que es “indio Caribe de pura sangre”. Otro joven de nombre Paul Vargas y procedente del distrito de Humacao es descrito como “indio Caribe del distrito de Humacao”. (FIG. 4)

Antes de la llegada de los puertorriqueños las autoridades de Carlisle acostumbraban a tomar una foto antes y después de los internados para mostrar su transformación física civilizadora. Pero ya para el 1899 la práctica había cesado, aunque no la de tomar fotos grupales. De los llamados indios puertorriqueños existe documentación fotográfica individual y de grupo. (FIG. 5)

Los documentos señalan que algunos de los internos de Puerto Rico protestaron por los maltratos recibidos en cuanto a poca comida y castigos físicos y emocionales. A todos los de nuevo ingreso se recortaba el cabello y se les cambiaba radicalmente su vestimenta. A los indios también se le despojaba de los adornos personales y artefactos rituales que tuvieran. Si eran sorprendidos hablando español hasta les lavaban la boca con agua de lejía. Es interesante que, según los informes, los puertorriqueños se asociaban a escondidas con indios provenientes de Arizona y Nuevo México que también hablaban en español. (FIG.6)

Varios jóvenes lograron escapar de la institución a ciudades cercanas como Philadelphia y Nueva York desde donde denunciaron a la prensa los abusos sufridos. Uno de ellos fue un joven oriundo de Caguas de nombre Juan José Osuna que décadas después fue decano de Educación de la Universidad de Puerto Rico y reconocido educador a nivel nacional e internacional. En el 1932 Osuna publicó un artículo en una revista académica norteamericana describiendo su experiencia en Carlisle. Lo tituló "An Indian, in spite of myself" (*Soy indio, a pesar de mí mismo*) destacando que, aunque no se sentía que era indígena jugó ese papel mientras permanecía internado en el reformatorio. Osuna se quejó abiertamente de los malos tratos que recibían todos y en particular explicaba que se sentía engañado porque no se le dio la educación que a ellos se les había prometido. (FIG. 7)

El hecho de que tan solo lograran graduarse 600 de los casi 11,000 indios que estuvieron en Carlisle, es decir tan solo un 05%, demostraba que no era la educación el objetivo de esta institución. Del grupo de 60 puertorriqueños 7 lograron graduarse, es decir el 11%.

Las quejas de algunos jóvenes y también de sus padres llegaron en 1901 a oídos del entonces joven Luis Muñoz Rivera, residente en la ciudad de Nueva York donde se desempeñaba como periodista y editor del periódico bilingüe Puerto Rico Herald. Muñoz Rivera visitó el reformatorio de Carlisle en agosto del mismo año confirmando las denuncias de mala educación, pobre alimentación y maltratos físicos que sufrían los estudiantes.

En sus escritos en el Herald Muñoz Rivera acepta que la educación que se ofrecía en ese lugar era más bien de tipo vocacional, pero para los que interesaban

obtener una educación profesional entonces Carlisle no era el lugar. Con la idea de minimizar los reclamos de los internos y también las quejas que se comenzaban a propagar en la isla, también concluyó que los lectores no deberían preocuparse mucho porque al menos los jóvenes recibían una buena educación vocacional, aprendían inglés y que con el tiempo se acostumbrarían al estricto ambiente institucional. Con estas lamentables declaraciones Muñoz Rivera dio por “caso cerrado” cualquier investigación adicional del trato a los puertorriqueños en Carlisle.

Pero las denuncias entre los participantes puertorriqueños continuaron y quizás respondiendo a ese reclamo la práctica de reclutar los llamados indios puertorriqueños en la Escuela Industrial de Carlisle cesó a partir de 1905.

La presencia de jóvenes puertorriqueños de ambos sexos junto a poblaciones indígenas de los Estados Unidos en Carlisle y tal vez en otras instituciones norteamericanas de comienzos del siglo XX abre un viejo capítulo muy poco conocido de nuestra historia. ¿Quiénes eran estos jóvenes y por qué fueron identificados y clasificados como indios por las autoridades norteamericanas? ¿Presentaban algunas características físicas particulares o se trataba simplemente de un experimento en aculturación forzada en el cual todos los puertorriqueños éramos “indios” ante los ojos de los norteamericanos “civilizados”? Pero de los datos surgen más preguntas que respuestas.

Los estudios del profesor Juan Manuel Delgado indican que incluso en los censos españoles de los siglos XVII y XIX siempre aparecían personas en la categoría de indios, mayormente en la zona oeste central de la isla. En el censo de 1779 fueron registrados 3,551 indios y en el de 1800 se registraron 3,320 con dicha

clasificación. Recuerda el profesor Delgado que no se volvió a utilizar dicha categoría étnica por orden del gobernador Toribio Montes del 1808 cuando los llamados “indios” se incluyeron entonces en la categoría de “pardos libres”. Pero en una diversidad de documentos del siglo XIX se sigue utilizando dicha clasificación, especialmente referente a individuos del oeste de la isla. El fenómeno poblacional de las llamadas “indieras”, al referirse a la población natural de los barrios Indiera Alta, Indiera Baja e Indiera Fría del municipio de Maricao no parece haber desaparecido.

El que se haya tratado a este conjunto de jóvenes, niños y niñas oriundos de Puerto Rico con la categoría oficial de “indios” debe ser motivo de estudios más profundos, pero también de reflexión. Es importante promover esta conversación particularmente en momentos en que los puertorriqueños y puertorriqueñas estamos abiertos a manejar una diversidad de nuevas categorías de identidades raciales, étnicas, culturales y hasta de género.

No estamos en los comienzos ni en los mediados años del pasado siglo XX. Estamos en pleno siglo XXI en momentos en que una nueva lectura de la arqueología, la historia, particularmente la etnohistoria, de la historia oral y comunitaria, así como grandes avances en los estudios e interpretación del ADN mitocondrial le han permitido a un sector creciente de nuestra población actual el afirmar de diversas maneras su herencia ancestral indígena. Considero que lo sucedido en Carlisle a este grupo de jóvenes puertorriqueños va mucho más allá de un espantoso y brutal experimento colonial en americanización forzada.

Cada vez más puertorriqueños y puertorriqueñas reclaman su derecho a afirmar, expresar y vivir su identidad como parte de una población ancestral que no se

extinguió y de cierta manera se sigue validando con hallazgos como el que estamos presentando en el día de hoy. Estos grupos contemporáneos recurren a antiguas tradiciones y creencias espirituales, recobran la agricultura y la gastronomía originaria y practican en su vida diaria lo que consideran son estilos y modos de vida ancestrales.

Todavía en Puerto Rico tradicionalmente existe en nuestras comunidades la categoría informal étnica de “indio “o “india”. Al igual que a nuestra población afrodescendiente, a los indios los escondemos, los negamos, los enterramos, los maquillamos, pero reaparecen en cada momento. Tengo un estudiante este semestre a quien los propios compañeros le dicen “el indio” y que precisamente ha sido escogido para representar la identidad indígena del equipo de los Tainos de mi Universidad Ana G. Méndez en las Justas Intercolegiales. Lo ocurrido con los llamados jóvenes indios puertorriqueños que fueron llevados a ser asimilados en Carlisle confirma esta realidad.

Carlisle presenta una nueva ruta para examinar el nefasto y cruel proceso colonizador norteamericano sobre la población puertorriqueña y sus diversos componentes a principios del siglo XX. Pero la forzada participación de algunos jóvenes puertorriqueños en dicho proyecto abre nuevas avenidas de investigación. El que en estos momentos de nuestra historia estemos hablando de Carlisle con indignación y rabia demuestra que la lucha por reconocer y afirmar nuestra herencia ancestral se mantiene viva y parece tomar nuevas fuerzas. Esperemos que así sea.

Bibliografía consultada

Bell, Genevieve

Telling stories out of school: remembering the Carlisle Indian Industrial School , 1879-1918. Doctoral dissertation, Stanford University, 1998.

Delgado, Juan Manuel

El debate histórico sobre el tema de la sobrevivencia indígena en Puerto Rico. Tesis Doctoral del Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe. San Juan, Puerto Rico, 2006.

Martínez Cruzado, Juan

The use of mitochondrial DNA to discover pre Columbian migrations to the Caribbean. In: Kacike: Journal of Caribbean Amerindian History and Anthropology, 2002.

Navarro Rivera, Pablo

Acculturation under duress: the Puerto Rican experience at the Carlisle Industrial School 1898-1918. Centro Journal, Vol. XVIII, Num. 1, spring, 2006. pp 222-259.

Osuna, Juan José

An Indian in spite of myself. Summer School Review; Vol. X, Num. 5, 1932

Rodríguez López, Miguel

Indios de Puerto Rico en Carlisle; Columna de Opinión, El Nuevo Día Digital, Sección Opinión; 26 de julio de 2021.

Records of the Department of Indian Affairs, Carlisle School Student Records 1979-1918.